

Ignacio Ellacuría



El tomismo de Santo Tomás es antes una actitud personal que una doctrina. Sólo quien, por temperamento o por conquista, posea esa actitud, podrá alcanzar el significado y la inteligencia de lo que es el tomismo como doctrina. El tomismo fué originariamente una persona, objetivada eso sí en una obra pero no desarraigado de ella; por tanto, no será de verdad poseído sino en la medida en que se lo subjetive, se lo radique en los mismos orígenes que le dieron vida. A pesar de su profundo sentido parcial el dicho de Sartre "el genio de Proust es el conjunto de las obras de Proust" es insuficiente. Al contrario, la pluralidad de obras patentiza en primer lugar su incapacidad para responder a lo que realmente es la persona, y exige después saltar a ese transfondo personal inefable, si es que de verdad se quiere alcanzar la altura de su inteligibilidad. Una obra genial no se desfigura trascendiéndola porque ella misma en su irremediable ilimitación concreta transluce la inimitada transcendencia, la sugerencia sin fronteras que es la persona. Ahí radica su diferencia de las construcciones artificiales: lo muerto no es más de lo que es, mejor aún, es menos de lo que es; sólo lo vivo origina vida y lo personal horizontes ilimitados, aunque muy sí mismos.

Este es el caso de la obra tomista. Y por eso vale la pena interesarse por la actitud propia del tomismo. De ella se ha dicho que es inhumana, que no puede ser la base de un humanismo. La Humani Generis recoge a este propósito dos objeciones fundamentales: a) como doctrina el tomismo se reduce a ser una filosofía de esencias inmutables sin preocupación por lo existencial; b) como método reduce el acercamiento a la realidad a un proceso puramente racional y formalista, con lo que se empobrece la realidad humana. (1). Consecuentemente se rechaza el tomismo como forma actual de humanismo, pues no responde ni a los temas que hoy más interesan ni, lo que es más grave, congenia con la actitud propia de la cultura contemporánea.

¿Qué decir de estas objeciones? Una objeción rara vez surge como tal si no se da algún motivo para ella; de ahí que la mejor forma de hacerla desaparecer no es contradecirla y polemizar con ella, sino buscar el modo de superar las deficiencias que la motivaron. Si se está realmente persuadido que la actitud genuinamente tomista es auténticamente humanista, el revivirla de modo actual imposibilitaría el nacimiento mismo de la objeción, convertiría, por otra parte, al tomismo en una corriente viva y eficaz no sólo de unos cotos cerrados sino en el curso general de la cultura. Porque así se va haciendo son varias las voces -Rahner, Siewerth, Lotz, Marc, Lonnergan...- que se van haciendo oír como auténticos tomistas y como genuinos pensadores de la hora actual. El mismo Max Müller, sin ser tomista, muestra en su génesis como pensador y en su doctrina misma la indispensabilidad del tomismo. Es verdad que los países de habla hispana no están todavía a igual altura. ¿Será porque no reviven poderosamente la actitud genuinamente tomista? ¿Será porque no tienen verdadero contacto con las corrientes modernas? Porque el tomista no debe aspirar tan sólo a revivir el Santo Tomás medieval, sino que su misión específica es traerle ~~Santo~~ a la altura del propio tiempo, revivirle pero con la modulación característica del propio mundo.

En otros dos artículos, correspondientes a los meses de Marzo de los años próximos pasados, se presentaron ya en esta misma revista algunos trazos fundamentales del humanismo tomista. Sin entrar todavía en aspectos propios de la doctrina misma, convedrá ahora mostrar desde la actitud propia de Santo Tomás cómo podría superarse el ámbito en que toman cuerpo las objeciones recogidas en la Humani Generis, tal como

(1) Es curioso advertir que la encíclica rechaza larga y expresamente la segunda objeción, pero no directamente la primera. Otras objeciones tales como la presunta burguesía del tomismo objetada por el comunismo, o la negación del verdadero humanismo que supone el teísmo tomista al recortar el carácter absoluto de la libertad del hombre (Sartre), no se toman en consideración aquí por ir más contra la doctrina que contra

la actitud tomista.

antes se insinuaron.

A Salomón se le preguntó qué deseaba en recompensa a sus trabajos por la gloria de Yahwe, y él eligió la sabiduría. Hallóse Santo Tomás en similar situación al oír de Jesucristo: "Tomás, está muy bien lo que has escrito de mí; ¿qué galardón quieres por tu trabajo?" Son los últimos años de su vida: ha estudiado mucho, ha reflexionado sobre los problemas más trascendentes de la existencia humana, ha experimentado los valores más altos del espíritu. ¿Qué iría a responder? En respuesta admirable le dijo a Cristo: "Señor, no quiero más que a ti solo". Un día prefirió el Crisóstomo al dominio material de la ciudad de París; ahora en el último estadio de su plenitud, deja de lado todos los raciocinios y todas las contemplaciones para dar con la Verdad encarnada, con la Vida infinita hecha hombre. ¿Es esto descarnado intelectualismo o, al contrario, la suprema ansia de realidad tangible, amorosa, encarnada? Y con este rasgo culminate están en consonancia sus estentóreos suspiros con que pedía a Dios luz para resolver las cuestiones más difíciles de su trabajo intelectual, y su predicar arrebatado que hacía llorar a sus oyentes mientras él mismo rompía en lágrimas hablando de la Pasión.

Y, sin embargo, estas mismas anécdotas parecen dar razón a los que critican sus escritos como expresiones inacabadas de la verdadera personalidad de Santo Tomás, que el mismo santo estimó como paja en sus últimos días, como algo que no merecía la pena continuar. No es así, sino en parte. En primer lugar, ése ha sido el sentimiento de muchos grandes autores que se ven inadecuadamente expresados, desfigurados en páginas que a los demás les parecen tan valiosas. Después, tal reacción no implica desprecio de lo anteriormente realizado, de la vida intelectual hasta entonces llevada, ya que su posición culminante presupone todos los anteriores estadios y no es sino su exaltada sublimación; como de él escribe Maritain, su avance fué "de la ciencia a la sabiduría, y de la sabiduría metafísica a la sabiduría teológica, y de la sabiduría teológica a la sabiduría de los santos". Ni la llamada a lo sobrehumano y sobrenatural supone un desprecio y una aniquilación de lo humano; luego se verá por qué, pero desde aquí mismo se puede vislumbrar viéndole pedir su salvación como hombre en Cristo hombre.

Con todo es cierto que si su obra tiene una capacidad inmensa de vitalización y humanismo, no es ella formalmente un modelo tan vital y humanista que sea capaz de suscitar por su inmediato contacto una resonancia integral en lectores contemporáneos. Es ya una objeción histórica desde el Renacimiento pasando por Lutero, comprobada por la falta de humanismo de muchos que se dicen sus discípulos y se consideran formados por el Aquinate, atestiguada por tantos lectores contemporáneos a quienes la lectura de sus obras les deja sin resonancia vital suficiente. Por eso parece la mejor manera de salir a esta dificultad real e histórica mostrando qué es lo que en la actitud tomista da lugar a ella y cómo ese qué puede y debe ser superado. Voy a considerar tres capítulos principales.

#### a) Su naturaleza escolar

Del prólogo de la Suma Teológica escrito con una modestia y una contención maravillosas se desprende claramente el carácter pedagógico y esquemático de su obra llamada a enseñar a los incipientes la verdad proponiéndoles de la forma más clara y breve posible la doctrina católica. Por los términos empleados por el mismo S. Tomás - veritatis doctor, erudire, eruditionem, doctrinae, ordinem disciplinae- puede caerse en el peligro de que la verdad se puede sin más enseñar transmitiendo sistemáticamente una doctrina según el orden que le es propio a ella, plenamente ajeno a la problemática y a la disposición del discípulo. Entonces proliferan los repetidores casi mecánicos, convertidos en iteradores de palabras o en malabaristas de conceptos sin llegar a la penetración ontológica de la realidad ni mucho menos a la captación de su significado vital que es algo muy distinto de su utilización práctica.

No que la actitud requerida por S. Tomás en sus discípulos sea la de pasiva recepción de una doctrina irrazona y ahistórica que sólo por razones pedagógicas se ha estructurado en un sistema puramente extrínseco. No. Aunque su obra está presentada más como un resultado que como un proceso, como una Suma y no como una colección de monografías, sin embar-

el todo sigue un desarrollo lógico y las partes obligan a un razonar personal que debe ser batallado, si es que se pretende su vital posesión. No en vano presenta Santo Tomás sus artículos en forma interrogativa, en lo que no le han seguido comentadores y repetidores, haciendo desparecer así el movimiento dialéctico de las razones contrarias que pretenden un primer contacto problemático con los temas, sin el que éstos no pueden alcanzar su sentido de respuestas.

Sólo reconociendo la naturaleza escolar de grandes partes del tomismo se habrá dado el primer paso para evitar los posibles peligros de deshumanización, de aridez mental, de falta de contacto con lo existencial y humano. Porque sólo entonces se entenderá que la Suma está pensada como un libro de texto que requiere no sólo su explicación sino su humanización por parte del Maestro. Viene a ocupar el puesto de unos ~~apuntes~~ apuntes admirables que necesitan ser repensados, puestos en movimiento vital, pues no están dados de una vez para siempre. Son más bien hitos de un camino que se debe personalmente recorrer y no meramente tesis que se deben recibir. Y esta actividad no es primariamente un captar la logicidad de las relaciones intelectuales presentadas sino, más bien, su contenido de realidad puesto en evidencia por los conceptos mismos. Es un error mil veces repetido el procurar antes la certeza que la verdad. Sólo así cobrarán vida rebotante esas impresionantes síntesis, lúcidas y macizas, que se encubren en los "corpus" de sus artículos, si es que se ha ido a ellas desde el movimiento problemático que las precede y del depósito de auténticas vivencias intelectuales habidas anteriormente.

b) el "mundo" medieval de su pensar

La obra de Santo Tomás no es de aquellas que por entrañarse en los elementos caducos de una época, pierda vigencia con el ocaso de su tiempo. Esto que es evidente respecto de sus tesis doctrinales fundamentales lo es también, aunque en menor grado, respecto de su estilo de pensar y del "mundo" que presupone. Como consecuencia de lo dicho en el anterior apartado puede apreciarse en la obra tomista un como cierto apartamiento del espíritu de cada época que le permite ser válida para todas ellas, pero que, por otra parte, le impide ser por sí sola la expresión perfecta de cada una de ellas. A los tomistas de cada época les toca la tarea de lograr este acomodo suplementario consistente en el movimiento doble de acercar esos dos "mundos" distintos.

Para de veras entender a Santo Tomás es preciso entrar en su mundo; ahora bien, como no es el mismo el mundo de un músico que el de un pintor, el de un sicólogo que el de un físico, tampoco lo es el de Santo Tomás y el nuestro. Nuestro mundo ha perdido mucha de la sensibilidad propia de la vida intelectual de entonces y ha adquirido una nueva; por eso tantos hombres de hoy se encuentran perdidos al no captar las riquezas tomistas más propias y al echar de menos muchas de sus personales apatencias. Esto lleva de inmediato a la impresión de que se trata de una obra deshumanizada en su forma, porque no se acomoda al tipo de humanismo que, como forma, se vive hoy. Lleva también a una verdadera deshumanización en aquellos que no tienen otra fuente de humanismo que la obra tomista de la que tal vez no captan su mundo propio; o, por lo menos, les impide presentarse como auténticos representantes del mundo actual.

Claramente se ve que no se trata de un defecto de Santo Tomás sino nuestro, porque él cumplió con lo suyo mientras nosotros no alcanzamos a cumplir con lo nuestro. Pues, aunque efectivamente faltan en su obra temas, perspectivas, desarrollos, modos de presentación que hoy nos son indispensables pues son los diferenciativos nuestros como época, a nosotros nos falta lo que es en sí más importante y permanente, y que en Santo Tomás se halla en grado tan eminente: interés metafísico, ansia de luz espiritual, seguridad objetiva, profundización esencial tras las apariencias existenciales, rigor conceptual y sistemático... Y esto supone una grave falla en nuestro comportamiento humanístico que urge pronto remedio, pues sus consecuencias son nefastas aun en el aspecto doctrinario del humanismo. Sobre esta insoslayable base tomista podría elevarse a una consideración más existencial el mundo que hoy nos debe ser propio. Esto sería hacer efectivo tomismo en nuestro tiempo, alcanzando en su mundo al auténtico Santo Tomás y mundanizándolo después en el nuestro: síntesis nueva de lo permanente con la forma de nuestro tiempo.

c) su peculiar angelismo

Cohocida es la acusación de angelismo que Maritain lanza sobre la filosofía de Descartes. En contraposición con el cartesianismo es la doctrina tomista un pensamiento que concede capital importancia a los elementos sensitivos del hombre, en la valoración de su esencia total como en la justificación de su vida intelectual.

Sin embargo, la lectura de S. Tomás no produce tanto la impresión de un humanismo en que lo espiritual y corporal se convierten en unidad integrada, cuanto de un angelismo -doctor angélico- que no suscita resonancia total en nuestra vida humana. Esto es claro en su vida y se refleja en su obra. Un angelismo que en él es, ciertamente, no una negación sino una superación por el fabuloso desarrollo de su vida ~~mística~~ intelectual y por sobreafluencia de dones místicos. Mas todo esto es intransferible y harían mal los tomistas en contar con ello, pues vendrían a parar en un remedo puramente formal, negador y deformador de la vida humana.

El angelismo de S. Tomás es ideal aprovechable que debe redimir al aristotelismo de un posible exceso de sensualismo. Por no haberse percatado Ortega de este principio de elevación tan claro en Tomás de Aquino, no ha podido acertar en su valoración crítica, a la verdad más dirigida sobre Aristóteles. Pero como forma total de ser no puede convertirse en universal modelo. Y esto como pensamiento y como postura vital.

Como pensamiento por la misma concepción tomista del conocimiento: "na da hay en el entendimiento que no haya estado de antemano en el sentido". Con todas las restricciones con que se deba entender este principio, hay sin duda en él una extraordinaria exigencia de lo sensitivo para el juego de la vida intelectual. No se da otra manera natural de poseer un pensamiento pleno de contenidos, rico de matices, hondo de emociones sino es con una auténtica y amplia vida sensitiva, entendida no como vida animal sino como modo de presencia del espíritu en la realidad de lo humano. En esta auténtica experiencia, contacto aun inconsciente con la realidad, se logran los materiales necesarios para los contenidos intelectuales. No sé si un ascetismo mal entendido, de inspiración más maniquea que cristiana, es el causante de la pobreza expresiva, de la carencia de contenidos originales, del descuido de lo existencial tan frecuente en autores cristianos, los mediocres claro está.

Como actitud vital también. Porque el hombre no es sólo un espíritu, ni siquiera un espíritu con cuerpo, del que por otra parte habría de liberarse para llegar a ser él mismo. Es cuerpo y espíritu: cuerpo espiritualizado y espíritu encarnado, pura dialéctica que se destruye en su ser mismo, al aniquilar uno de sus polos. El humanismo, por tanto, debe concebirse como solución e integración de ambos extremos, y no como aniquilación de uno de ellos. Lo contrario iría contra la naturaleza humana, no sólo en cuanto compuesta de dos partes, sino en cada una de ellas: ni el espíritu que es el hombre puede entenderse en su ser total sin el apoyo del cuerpo y su mundo, ni el cuerpo que es el hombre puede entenderse como lo que efectivamente es sin el concurso del alma. Lo mismo vale decir de la vida espiritual y de la vida corporal. Esto es puro tomismo, explicación genuina de la teoría de acto y potencia, forma y materia. Y se es o no se es, pero hasta las últimas consecuencias.

Ciertamente este ser dialéctico del hombre pone a su existencia en trance de continua conquista, a cada instante tentada de abandonarse por su extremo más fácil. Ni se puede olvidar el ser histórico del hombre lacerado por un pecado de origen. Pero hay que confesar también que el cristianismo no es una negación del ser natural del hombre sino una salvación de lo que él es, como naturaleza y como gracia. Que así lo entendía S. Tomás puede mostrarse de diversos modos; aquí se elige el de comentar un texto que no pretende en absoluto probar lo que aquí se ~~presupone~~ <sup>dice</sup> pero que lo presupone clarísimamente y lo usa como medio de probación en una materia ajena a nuestro asunto. Texto en que, por otra parte, se verán concretadas muchas de las observaciones hechas a lo largo de este artículo.

En la parte tercera de la Suma Teológica, cuestión 65, artículo primero, trata de probar Santo Tomás la conveniencia de que sean siete los sacramentos. Ya como punto de arranque para su prueba afirma que los sacra-

mentos están ordenados al ~~hacer~~ favorecer la religiosidad propia de la vida cristiana y ~~así~~ remediar nuestra debilidad frente al pecado, pero todo ello con una finalidad: que el hombre llegue a su perfección, que se convierta en un hombre perfecto. Los sacramentos, parte ~~tan~~ capital de la vida cristiana, no son ni en cuanto a su número, ni en cuanto a su esencia general y particular, algo sobreadadido al hombre histórico de un modo arbitrario y extrínsecista, sino algo que atiende al hombre como es existencialmente y que en esa línea pretende su plena perfección. Es verdad que en este punto realiza S. Tomás una deducción más bien esencial que existencial, es decir, a partir de la naturaleza del hombre aunque tomada concretamente más bien que de sus dimensiones subjetivas existenciales. Por eso no arranca de la vida humana religiosa en cuanto tal, sino de una analogía con la vida corporal en cuanto ésta tiene cierta conformidad con la vida espiritual; pero en esta línea busca al hombre total aun en su dimensión social y en su situación concreta con sus dificultades y debilidades.

Este pasaje, como otros muchos de la Suma, muestran cómo en Tomás de Aquino hay un afán permanente de humanismo. No, desde luego, en su expresión estilística ni siquiera en su garra existencial de escritor. Debe comprenderse que el humanismo del filósofo y el del artista no tienen por qué coincidir necesariamente en su forma externa. El humanismo de S. Tomás que está, ante todo, en su ideario ético y en su actitud fundamental de enfocar la vida y el pensamiento no alcanza la última perfección en sus formas expresivas ni en su acomodación a urgencias, tal vez, excesivamente subjetivas y emocionales. Pero por su propia riqueza y vitalidad está abierto a todos los genuinos avances que puede exigir nuestro mundo.

